



Revista Estudios en Ciencias Humanas.

**Estudios y monografías de los Posgrados de la
Facultad de Humanidades**

**ENTRE LA PERMANENCIA Y EL CAMBIO. *Una cuestión
en definición en la IEC.***

Autor: Prof. Esp. Lilian Elizabeth Insaurrealde

Breve noticia preliminar: El presente compendio es una adaptación del Trabajo Final Individual, de la Carrera Especialización en Análisis e Intervención Institucional, presentado en el año 2009. Por razones de extensión en esta publicación, se han tomado dos de los 6 apartados del diseño original.

I. Acerca de la elección del tema

Mi adhesión al tema “ENTRE LA PERMANENCIA Y EL CAMBIO. *Una cuestión en definición en la IEC.*”, es tributario de una línea de profundización derivada de la producción grupal en el Trabajo Final de la Carrera acerca de los Temas de la Vida Social: Espacio, Infraestructuras y Servicios de la IEC. (Camardelli, A; Insaurrealde, L., 2008)

En dicha elaboración habíamos consignado, a modo de interrogantes abiertos, los siguientes:

“¿Es posible para los pobladores de la IEC., hacer un movimiento desde la “sumisión” a un proyecto fundacional, hacia otro proyecto, gestado por la comunidad en su conjunto?

¿Es posible que ese nuevo proyecto rescate los núcleos de identidad en los que asentar la construcción de una nueva historia? Reivindicar la memoria colectiva, el lugar de la historia viva, los ideales y los valores de cuidado, solidaridad, felicidad...

¿Será posible que esta comunidad logre recuperar su poder colectivo para tramitar sus demandas (incluidos sus representantes)?”

Esos interrogantes me ubicaron en un umbral desde donde partir y definieron el horizonte tentativo de este trabajo. De alguna manera, me conmovía el alcance de un movimiento institucional en ese lugar, que al principio se mostraba ante mis ojos profanos como “quieto-muerto” y luego, en el análisis del material, emergía con trazas inéditas de vitalidad.



Así, el tema se fue perfilando en mí -tímidamente al principio- como una intuición primera, desde la inquietud genuina de quien pretende *conocer* a la vez que *comprender* cómo, esta comunidad que al principio se presentaba como refractaria a los cambios, era capaz de hacer un proceso- en el marco de una intervención- para “apropiarse” de un proyecto original y propio, convirtiéndose, como sugeriría Barbier, en “sujeto de su praxis”.

Considero que esta *tensión* entre permanencia y cambio es una cuestión que aparecía tematizada en los dichos de los pobladores de la IEC., quizás, porque al momento de realizar las sucesivas aproximaciones-intervenciones, empezaban a dar cuenta –a mi juicio- de su posición en un “*entre*” dos estados, o momentos de protagonismo, de su historia como comunidad.

La elección del “*Entre*” alude a ese espacio transicional, que en palabras de Kaës (Kaës, R; Missenard, A y Otros; 1979: 11) se vivencia así:

“En este aspecto del “entre”, de vivas rupturas y mortales suturas, de fracturas mortificantes en uniones creativas, en este espacio de lo transicional – eventualmente espacio transicional- , se juegan todos los avatares de lo social, lo mental y lo psíquico que juntos tejen, cuando nos ubicamos en la perspectiva del sujeto particular, la singularidad de una persona”.

Con la pregunta: ¿Cómo tramitarían estos sujetos de la IEC. ese intervalo entre una pérdida segura y una incierta adquisición?, ya instalada de modo permanente en mí, emprendí el camino de profundizar esta idea en mi trabajo individual.

Por otra parte, coincido con la idea de que toda discusión sobre el ser humano integra de alguna forma, sea como hilo conductor o como herramienta de análisis, las transformaciones procesales que la persona y su entorno social viven, producen, reciben y construyen.

Y en este orden, aprecio que la elección del tema –objeto de investigación, la curiosidad que nos mueve a investigar, siempre se entrama con nuestra biografía, con el duro aprendizaje de vivir, con las condiciones estructuro-profesionales (Barbier, R.; 1977) de quien pretende mirar una determinada realidad. Por esta razón no me es ajeno que durante el tiempo de la formación y en la elaboración del trabajo final, las experiencias de crisis, de tensión “entre” saber-no saber; aferrarme a lo instituido-cambiar, trascendieron el tema hacia ámbitos de mi intimidad, al actuar como caja de resonancia respecto del material empírico que nos proporcionaba la comunidad de la IEC.

Winnicott propuso el término “transicionalidad” para designar esta zona intermedia de experiencia y este proceso de pasaje (de transición) entre dos estados subjetivos: la transicionalidad es la disposición de una experiencia de ruptura, en la continuidad. Acarrea, como todo proceso de estas características, un monto de incertidumbre.



Dicho de otra manera: “Tensión entre luz y tiniebla, tensión entre miradas que sostienen lo instituido, y además centran la atención en quiebres, rupturas, fracturas, crisis, movimientos que enlazan este conocimiento a la idea de posibilidad, de movimiento, de discontinuidad, de inédito” (Nicastro: 2006; 14)

Pareciera existir una tensión así, dada entre el mantenimiento de la identidad comunitaria o atributos de permanencia-conservación, y el cambio-cual movimiento instituyente de formas de apropiación de poder- en la IEC.

Por otra parte, cambiar implica riesgos: los de enfrentarse con las cosas desconocidas, incluso oscuras de uno mismo: cuestiones ambiguas, inciertas, ambivalentes, contradictorias, complejas. Y también el compromiso de alterar o perder vínculos y relaciones en los procesos de cambio que uno empieza a generar a su alrededor.

Precisamente, una de las caras de la moneda del no cambio es tributaria de identificaciones con modelos de hacer, de vivir, paternos. Esta cara de la moneda -con el modelado particular que le imprime cada uno- tiene también el sello de lo que se repite familiarmente, incluso en varias generaciones, de la cultura e idiosincrasia familiar, de estilos de vida y modos de hacer, de formas de reaccionar y afrontar, de capacidades de lucha y actitudes para la defensa propia, de formas de propiciar el autocuidado y cuidado del otro, constituyendo una argamasa de peculiares características.

Así, cualquier cambio institucional, pondrá en cuestión imágenes y representaciones acerca de cómo son y cómo se hacen las cosas, que conmociona lo que tal vez se ha ido construyendo a lo largo de toda una vida y que por lo tanto, producirá impactos al nivel de la interioridad los sujetos, desencadenando procesos probablemente desconocidos por ellos mismos y difíciles de controlar (Yentel, N: 2006; 12).

Guiada por la presunción de que el "cambio", como concepto y categoría, es inescapable en el abordaje del análisis institucional, en el que cobra particular protagonismo para quien se aboque a este quehacer, me resulta atractivo percibirlo en su valor “emancipador”. La transformación de las instituciones por la acción autónoma de sus miembros apunta a fortalecer en los hombres su condición de sujetos de las relaciones, a la transformación del sujeto en sí en sujeto *para sí*.

Entonces, con el objeto de analizar y poner la mirada tanto en los procesos de cambio como en las configuraciones identitarias, en la medida en que la identidad social es procesual y aparece siempre vinculada a contextos específicos, emprendo este itinerario recorriendo, una vez más, los soleados senderos de la IEC y su gente.



II. Reconsideraciones sobre el tema

En primera instancia, me parece pertinente reintegrar a esta disquisición la idea de las instituciones como construcciones culturales, simbólicas e imaginarias, habida cuenta de que “(...) *lo institucional* es una dimensión de la vida humana, siempre social, presente en todos sus hechos y en todos sus ámbitos de expresión: la comunidad, los establecimientos, los grupos, los sujetos. (Fernández; 1999:135).

Al entenderlas, de acuerdo con destacadas figuras del movimiento institucionalista (Lourau, Lapassade, Barbier, Castoriadis), como

"una red simbólica, socialmente sancionada, donde se combinan en proporciones variables un componente funcional y uno imaginario" y "presentes en todos los niveles de una formación social, punto de articulación entre los grupos, las formas sociales denominadas organizaciones y el Estado" (Lapassade, 2000),

Se infiere que en todas, es posible apreciar:

- Una perspectiva *simbólica*, es decir, la manera de ser bajo la cual se da la institución, una dimensión que expresa en el momento de la singularidad de la institución las significaciones de una tensión dinámica, la producción/reproducción social que realiza la conflictiva y siempre inacabada dialéctica instituido- instituyente.

- Un aspecto *imaginario* en la institución, que designa el proceso a través del cual unos símbolos se cargan o son investidos de otras significaciones (ya sea por invención absoluta o por desplazamiento de sentido), constituyéndose entonces como un sistema de significados.

"(...) es en la temporalidad de su devenir; y en la creación de sus dimensiones imaginarias y simbólicas, que la convierten en inconsciente político de la sociedad, donde se necesita buscar con más profundidad" (Rodríguez Wong, 2005).

Entonces, a la luz de estas dos dimensiones, ¿Cómo se manifiesta la dinámica entre los puntos de permanencia y de cambio en la isla?

El conjunto de los materiales que pudimos reunir parecen indicarnos que tales puntos de permanencia se dan alrededor de algunos núcleos que la enlazan con la identidad del pasado; los pobladores se manifiestan herederos de un legado que desean recuperar en sus valores. Una historia donde el sanatorio tiene un lugar y en la que quedan destacados los valores de cuidado, solidaridad, felicidad.

También expresan, como elementos muy valiosos, el estilo de vida sereno y enlazado con la naturaleza, lo que les da un tinte particular que no desean modificar.

Por otra parte, es en la lucha por el campo del espacio público, más específicamente en la participación que los vecinos reclaman sobre la Isla y lo que atañe



directamente a su calidad de vida en ella, donde los cambios parecen tener lugar, aunque con diversas tónicas y planos de manifestación.

2.1. Las teorías. Su composición en la IEC.

Los seres humanos compartimos un mundo de la vida signado por un tiempo y una forma de concebir el espacio que es mucho más que el territorio. Es el terruño, un lugar en el que compartimos todo el espectro de significados desde los cuales interpretamos la realidad, juzgamos comportamientos (personas, objetos, conductas y situaciones), ante contextos específicos, sostenemos actos y posiciones.

La imagen de pertenecer a un lugar da al sujeto un sentido de “seguridad ontológica” que se perpetúa en el mundo de la vida y es ritualizada a través de las prácticas y discursos, del devenir del tiempo, de las interacciones cara a cara y de la organización material y simbólica del espacio social (Bidaseca; 2002).

Precisamente, hemos apuntado que el concepto de identidad abarca distintas y contradictorias realidades y se entrama en una relación muy especial entre territorio y cultura.

Si leemos el término identidad en su sentido metafórico y simbólico entendemos que lo que da la unidad al ser, lo que imita a lo entero, no es lo mismo continuamente, es decir, una repetición constante o una clonación (copia), sino la construcción de una narrativa entre lo diferente, una narrativa de lo que cambia, de lo distinto; evocaciones de la plenitud a través de lo creativo, del juego, del arte, de la cultura... Aquello que permite la unidad al ser humano es justamente lo otro, lo diferente, lo separado, lo distante (Méndez Gallo; 2005).

Tajfel (1984) define la identidad social como aquella parte del autoconcepto de un individuo que deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo social, junto con el significado valorativo y emocional asociado a dicha pertenencia. En ese autoconcepto el individuo se refleja y encuentra, y a través de él, se construye socialmente.

En este orden, resulta posible comprender cómo la identidad de este pueblo está muy referida tanto a elementos de su historia, cuanto a los vínculos interhumanos que se establecen entre los pobladores de la IEC. Tornar la mirada hacia el pasado permitiría explorar las *marcas* que el proceso histórico inscribió en la comunidad y en las biografías de sus pobladores y, al mismo tiempo, reconocer de qué modo el mismo está interfiriendo – o no- en la posibilidad de desarrollo de la agencia humana.

Al hablar de identidad social e individual estamos mencionando implícitamente los procesos de socialización e internalización, en tanto aprehensión e interpretación de un acontecimiento que se vuelve subjetivamente significativo en el ámbito de una sociedad. Berger y Luckmann (1989) han hablado extensamente de este proceso y lo presentaron en términos de un continuo dialéctico, que no ocurre en una secuencia temporal, sino de manera simultánea en múltiples vertientes y variables.



Entonces, cuando hablamos de realidad social nos manejamos con el concepto de realidad de segundo orden, donde el sentido y la significación de las cosas (su valor social) surge de la intersubjetividad, mediatizada por un proceso comunicativo donde se producen códigos que articulan y unifican los modos en que es creada y a la vez se comprende. Berger y Luckmann proponen la existencia de un proceso de legitimación, mecanismo que no sólo explica este orden sino que también atribuye validez cognoscitiva a significados objetivados, es decir, a significados que, siendo producto de la actividad humana, adquieren carácter de objetividad.

2.1.1. El cambio: Polisemia y multidimensión

"Cambio" es...

"La forma más general del ser de todos los objetos y fenómenos. El "cambio" abarca todo movimiento y toda interacción, el paso de un estado a otro. En filosofía, siempre se ha contrapuesto al "cambio" la relativa estabilidad de las propiedades, de la estructura o de las leyes de la existencia de los cuerpos. Sin embargo, la estructura, las propiedades y las propias leyes son un resultado de interacciones, se hallan condicionadas por las diversas conexiones de los cuerpos, de suerte que son engendradas por el "cambio" de la materia".

(Diccionario Soviético de Filosofía. Ediciones Pueblos Unidos. Montevideo. 1965. P 56).

Como concepto explicativo-descriptivo, la noción "cambio" trae connotaciones implícitamente cargadas de multidimensionalidad en sus aplicaciones al estudio del movimiento permanente.

¿Dónde estriba la diferencia en el abordaje del "cambio"? En que al hablar del mismo no siempre tendrá el mismo significado ni consecuencias; por tanto, hay que cualificar el "cambio" de acuerdo con sus diversas concepciones histórico-sociales, pues si bien es una categoría ampliamente aceptada, su definición (y significación) no es homogénea ni absoluta. Tal como sostiene Angie Vázquez Rosado (2007):

“Definitivamente (...): la forma en que hemos visualizado y aplicado el concepto de "cambio" ha tenido distintas atribuciones y significados en distintas épocas históricas. De igual forma, las consecuencias e implicaciones de cada uno de esos significados han producido procesos, expectativas, soluciones, problemas y metas diferentes en el devenir humano”.

El movimiento del cambio es cualidad de la vida, transición vital de contingencia, que se antepone a la permanencia o a la rigidez estática de la estructura, la muerte, o la no-existencia.

Puede entenderse también desde la metáfora del *rizoma*: La noción de rizoma, original de la botánica, es desarrollada por Guattari y Deleuze (1972: 35) para aplicarla



al campo de lo social y explicar la génesis del cambio: Así, resulta posible homologar los procesos sociales con la capacidad de auto-regeneración de ciertas plantas, en especial las rizomatosas, que se reproducen desde un "gajo".

La idea está adoptada de la estructura de algunas plantas, cuyos brotes pueden ramificarse en cualquier punto, así como engrosarse transformándose en un bulbo o tubérculo. El rizoma de la botánica, que puede funcionar como raíz, tallo o rama sin importar su posición en la figura de la planta, sirve para ejemplificar un sistema cognoscitivo en el que no hay puntos centrales —es decir, proposiciones o afirmaciones más fundamentales que otras— que se ramifiquen según categorías o procesos lógicos estrictos. Los autores lo exponen de este modo:

"Un rizoma no comienza y no termina, siempre está en el medio, entre las cosas, es un ser-entre, un intermezzo. El árbol es filiación, pero el rizoma es alianza, únicamente alianza. El árbol impone el verbo "ser", pero el rizoma tiene por tejido la conjunción "y... y ...y...". En esta conjunción hay fuerza suficiente para des-enraizar el verbo ser (...). Entre las cosas, no designa una relación localizable y que va de uno a otro, y recíprocamente, sino una dirección perpendicular, un movimiento transversal que lleva uno al otro, arroyo sin comienzo ni fin, que corroe sus orillas y toma velocidad entre las dos".

Por debajo del suelo, existe una estructura. Como diría Jung: "La vida siempre me pareció ser como una planta que extrae su vitalidad de su rizoma; la vida propiamente dicha de esta planta no es pues visible, pues yace en su rizoma. Lo que se hace visible por encima del suelo no se mantiene sino un único verano, luego se marchita. (...) Aparición efímera. Cuando se piensa en el devenir y en el desaparecer infinitos de la vida y de las civilizaciones se saca una impresión de vanidad de vanidades; pero personalmente nunca he perdido el sentimiento de la perennidad de la vida bajo ese eterno cambio. Lo que vemos es la floración – y ésta desaparece – pero el rizoma permanece"

Como concepto de proceso, el cambio nos permite plantearnos la transformación del ser humano en la tramitación de sus cuestiones individuales, sociales e históricas. Esta noción se corresponde con la definición que Giddens (1995) hace del concepto "agencia": como capacidad del hombre de intervenir en el mundo, de producir una diferencia en el curso de los acontecimientos.

En tanto movimiento, el cambio tiene múltiples dimensiones y escenarios de manifestación. Sin embargo, el gestor del cambio siempre es el ser humano (Maturana; 2003), en su agencia consigo mismo (intrapersonal), con el entorno (físico y social) y con otros seres humanos (interpersonal). Según esto, postular el cambio requiere una hipótesis mayor sobre la estructura psicosocial del sujeto. Toda crisis del individuo, toda experiencia de ruptura vivida en la individualidad cuestiona las formaciones grupales del psiquismo.



Es un movimiento que implica pérdida, genera - hasta que se institucionaliza- graves sentimientos de inseguridad, que provocan o aumentan el aislamiento y la soledad fundamentalmente por la pérdida de sentimientos de pertenencia, o por la sensación de cuestionamiento a la propia identidad. (Pichón Rivière; 1999)

El concepto de cambio asume otras connotaciones desde la perspectiva del análisis institucional. En efecto, al considerar las instituciones como normas de valor, representaciones, significados que orientan la percepción, que pautan las conductas de los individuos y de los grupos fijando sus límites; como las realidades duales, bifrontes, en tanto marcos internos y externos reguladores del comportamiento, se comprende que dentro de las mismas es posible moverse con cierta seguridad y fuera de ellas – en el terreno de la innovación - crecen los riesgos y los peligros.

En este sentido, “en la innovación, en los movimientos instituyentes, el desorden, la crisis, es siempre una posibilidad. Tales movimientos podrían ser vistos como peligrosos, debidos a que instalarán la duda en las formas y las explicaciones construidas para preservar el orden logrado, y en las relaciones de poder que los sostienen; hablarán de la diferencia pudiendo reavivar los temores al desorden. Todo nacimiento, toda fundación, expresa Kaës, encierra parte de la violencia original, en tanto *“fundar es erigir algo en contraposición de otras posibilidades que fueron desplazadas”*.”

“Así, en este aspecto del campo institucional el cambio encuentra otro de sus obstáculos fundamentales. Si las instituciones necesitan durar y seguir siendo lo que son, sólo podrán aceptar relativamente las diferencias, dificultando la posibilidad de cambio como posibilidad de instituir algo diferente. En este sentido, toda institución tolerará parcialmente la innovación, ya que cuando aparece una tercera posición (cuando aparece la interrogación, el cuestionamiento a lo que existe), la institución es sospechada, la alteridad reconocida hasta el momento en que la interrogación se detiene frente al temor de la fragmentación, del caos, de lo informe, y se impone el fantasma de lo uno. “Estamos todos juntos y somos lo mismo”.

Como señala E. Enríquez (1996), ninguna institución, en tanto sistema simbólico, puede existir sin mitos, sin ritos (de iniciación, de tránsito), mientras que, como sistema imaginario, tratará de “atrapar” a los sujetos en sus propios deseos de afirmación narcisista.

Las instituciones en proceso de cambio verán incrementadas estas condiciones y deberán luchar contra la vuelta a lo conocido, a lo estable, a lo no problemático, a lo quieto. Deberán luchar contra la fascinación de la nada”. (Yentel; 2006)

A raíz de esta situación, la resistencia al cambio puede ser interpretada como el esfuerzo consciente de grupos de personas por aferrarse a las instituciones que tienen, tal como son y como las conocen; en tanto el cambio puede ser visto como amenazador para las defensas contra la ansiedad, que la estabilidad y la continuidad proporcionan.



De allí que los cambios reales requieran una estructuración de las relaciones a un nivel más profundo a partir de la posibilidad de los individuos de tolerar cambios en sus patrones de defensa.

De acuerdo con ello, procesos o situaciones de esta naturaleza pueden no sólo conmocionar rutinas perspectivas, lugares de poder y formas de actuar históricamente consolidadas, sino también operar para los sujetos y los grupos institucionales de manera similar a una *crisis*, en el sentido de ruptura o discontinuidad en las formas habituales de regulación externa e interna de los marcos de referencia que ordenan la cotidianidad.

Este corpus teórico pretende responder, en alguna medida, a los interrogantes planteados al inicio, respecto de: la posibilidad de que esta comunidad logre *iniciar un movimiento desde la "sumisión" a un proyecto fundacional, hacia otro proyecto propio; un movimiento que implique recuperar su poder colectivo para procurar sus demandas*, y seguramente abrirá otros.

Los nudos que la tramitación de cambios ata y desata, no pueden entenderse desligados de las crisis que todo cambio conlleva.

2.1.2. La Crisis

En su idioma original (griego) *crisis* remite entre otras posibilidades a *cambio*. En hebreo crisis se dice *mashber*, que se asocia directamente con *ruptura*.

En términos genéricos de una primera aproximación, el término crisis ubicado en el campo de lo institucional, se refiere a acontecimientos excepcionales en la vida social y a un conjunto de efectos sobre el funcionamiento de sus distintas unidades: las organizaciones, los grupos, las personas. (Fernández; 1999: 144).

Pensar la crisis, es intentar mentalizar una ruptura. En palabras de Kaës (1979: 18), se trata de

"Un cambio brusco y decisivo en el curso de un proceso, remite a la amenaza de muerte, de un ataque vital. La experiencia de la crisis permite la aparición de la noción fundamental de ruptura, vivida como una separación y un desgarramiento. La idea de que la ruptura pueda ser considerada como un equilibrio, es una elaboración de la experiencia de la ruptura, y es por este hecho que surge para el observador el concepto de perturbación. Ocurre lo mismo con el elemento conflictivo inherente a la crisis, que sólo aparece en la elaboración secundaria de la tensión, vivida como actualización de fuerzas antagónicas liberadas por una inquietante disfunción: el marasmo, la depresión, tanto en economía como en psicología, marcan el sentimiento de una impotencia para restablecer la integridad de un proceso."

Lo intermedio es una *instancia de comunicación*, una mediación, una vinculación en lo mantenido-separado; por lo tanto es una *instancia de articulación de*



diferencia, un lugar de simbolización. *Instancia de conflictualización*; de oposición entre elementos antagónicos, puente sobre una ruptura sostenida: un pasaje, una reactualización.

La ruptura implica y revela la unión que la hace posible. Se podría decir: una separación (o una pérdida) se ha producido (o se producirá) revelando que un estado de unión y de continuidad acaba de desaparecerse (o desaparecerse). La disfunción que provoca la ruptura es acompañada por el intenso sufrimiento, amenaza para la integridad del sí-mismo y para la continuidad de la existencia subjetiva, brechas en la capacidad de ser contenido. Una ruptura siempre enmascarada otra ruptura que la evoca y la contiene. (Kaës, 1979:26)

Si la crisis es vivida como una *muerte* es porque de esta manera se marca la connotación generalmente amenazadora de las perturbaciones que se manifiestan en un sistema vivo. (Kaës, 1979:12)

La desaparición de las antiguas garantías del orden propias de todo sistema vivo, de lo *humano*, es el elemento constitutivo capital de las disfunciones que caracterizan la crisis multidimensional a la que debemos sobrevivir. No dejamos de enfrentarla creando sobre los recientes escombros nuevas garantías; por un lado, recurriendo al pasado – retorno al arcaísmo -, a las formas regresivas de protección (Kaës, 1979:10), tonalidad que revela el fondo depresivo de la pérdida de apoyo.

Toda crisis conlleva la necesidad de buscar apoyo, la condición de crear nuevas regulaciones que produzcan placer. La creación es la alternativa que la vida opone a los componentes letales de la crisis. Toda crisis comporta la descentralización narcisista que caracteriza a toda ruptura de equilibrio social y la reubicación axial de todo proyecto creador. (Kaës, 1979:13)

Por otra parte, tal como lo expresa L. Fernández (1999: 135), “(...) el concepto de crisis alude a la realidad humana siempre grupal y colectiva, aun en lo más individual de la persona, su subjetividad”.

En la comprensión del mundo de la vida y por dónde discurre en esta comunidad, resultan útiles los aportes de los referentes psicoanalíticos al estudio de los fenómenos institucionales, ya que los grupos sociales necesitan explicar cómo acontecen las cosas en su mundo para lo cual construyen un imaginario colectivo, una compleja red en la que se vinculan y depositan discursos, prácticas, valores, ideales, conductas.

2.1.3. El legado

Los isleños son depositarios de un rico pasado que no han elegido, pero han recibido con todas las incidencias que esto implica.

Cuando hablamos de una historia común la consideramos en tanto es expresada y reconstruida en una narración, que se nutre permanentemente con nuevas anécdotas, hechos, interpretaciones. La médula de dicha narración se legitima y funciona como una



suerte de matriz generadora de significados y marco de referencia de actos. Sobre la base de esa legitimación las representaciones sociales se transmiten a los nuevos miembros del grupo, que al acordar con ellas toman también una identidad social.

Hemos visto en la exposición de los testimonios, cómo el Leprosario en su cualidad simbólica y fundacional es un núcleo identitario, que se vincula con algunas condiciones actuales de desamparo y hasta de dominación (la persistencia del clientelismo podría leerse también en este orden) de los poderosos sobre los débiles.

Pontalis (2005), dirá: “Hay ruinas y ruinas”. Las que promueven nostalgia son justamente por la evidencia de lo que fueron. Pero justamente su grandeza está en ese punto: “haber sido”. Cuestión suficiente para montar sobre ellas un anhelo de retorno hacia allí ya que ocupan el lugar de lo sagrado.” (Nicastro: 2006; 29)

¿En qué sentido sería posible decir que los pobladores de la IEC. son capaces de realizar un movimiento, anclando en los núcleos que los identifican como pueblo, para gestar un proyecto comunitario propio?

En principio, parece factible contestar a esta compleja pregunta rescatando los sentidos asociados al Hospital M. Aberasturi, que los isleños quieren recuperar como parte de su historia integrándolos a la memoria colectiva. Sacándolo a la luz, se conjurarían los alcances de inacción y desamparo de los enfermos, para trocarlos por la imagen más potente de cuidado, de valor, de poder.

Retomando a Iñiguez (2000: 61-94), otro de los elementos de ese núcleo lo constituiría la imagen de lo que es el isleño, sus posibilidades de acción y los significados de pertenecer a la Isla. En el tiempo, se fue instalando, institucionalizando, una “forma de ser” isleña que ellos mismos señalan como de sumisión al poder político, de conformidad, de resignación al destino que les tocó en suerte (en el que juega un papel crucial el arrasamiento de la producción con las inundaciones), de aferramiento a todo un sistema de creencias. Estas imágenes, sobre las que hay consenso generalizado, contrastan con otras que los ubican, en el marco de sus expectativas, como sujetos con voz propia para pedir y exigir una mejora en sus condiciones de vida.

Los procesos que ocurren en esta comuna pueden vincularse también con la noción de *localidad*, entendida como el “marco de referencia y red de relaciones sociales que pueden ser movilizadas con fines prácticos” (de Haan, 1996: 160). Lo cual implica que las interpenetraciones entre las *redes* de amistad, vecindad, propiedad y laborales, conforman el capital social de la comunidad.

A esto refieren los testimonios de los pobladores que destacan el conocimiento mutuo, las relaciones cara a cara, el respeto y la solidaridad, como valiosos para el sentir comunitario.

Tal capital social puede establecerse en dos sentidos: horizontal, asociado con relaciones recíprocas y redes entre individuos con posiciones similares; y jerárquico, que involucra la construcción de redes y solidaridad entre individuos con intereses diferentes y que puede sustentarse en relaciones de patronazgo y clientelísticas.



La identidad, el status, la reputación y el poder pueden ser modificados en y a través de las relaciones sociales locales.

Ahora bien, ¿hasta dónde los pobladores podrían estar dispuestos a incursionar en, propiciar o tolerar ciertos cambios, sin que su identidad se vea dañada o amenazada?

Grinberg & Grinberg (1984) señalan que “asumir en forma madura una identidad basada en una ideología progresiva que tiende al conocimiento, presupone también un duelo porque implica la ruptura de estructuras establecidas e identidades previas que se reintegran de un modo diferente”.

Como diría Kaës (1996), “Reformar es destruir, en el fantasma de la comunidad institucional.” La entrada en crisis de los marcos de referencia conocidos, instituidos, internalizados, conmociona a menudo aspectos de la identidad, y movilizan temores y ansiedades atávicos en los sujetos. No en vano los pobladores llaman la atención sobre esto una y otra vez, tal como lo ilustra unos de los tantos testimonios escogidos:

“No me gustaría que esto cambie, me gustaría que cambie la mentalidad de la gente pero que siga siendo todo esto verde, todo natural. Eso me gustaría que se mantengan, que no se pierda: sus encantos, sus caminos”.

No sólo lo que aqueja es la añoranza. “Lo que hay” es para algunos un nuevo escenario, quizá desalentador, por lo inestable. Por su cualidad de obra, de proyecto en construcción, en el cual la idea de “promesa” es central. Asociada a la de idea de porvenir, en el sentido de un tiempo que se abre, conlleva disconformidades, sentimientos encontrados y peleas por reivindicar prácticas y saberes que se estiman vacantes. (Nicastro; 2006: 31).

Todo cambio en las conductas de los miembros del grupo se relaciona con la posibilidad de abrir instancias críticas en el núcleo de sus representaciones sociales, que funciona como una matriz de significados. Esto daría sentido al movimiento de recuperación –propiciado, no casualmente, por los jóvenes de la Isla- de aquellos aspectos de la historia, que al salir a la luz permitirían conjurar el sentido de inacción, las maldiciones, el destino preestablecido, convirtiéndolo en “destinación”, así como a las prácticas sociales que –al momento de entrada a terreno- estaban referidas a las iniciativas y participación.

2.1.4. El campo

Concebida la Isla como tablero político, algunas de las luchas por el campo parecen darse en torno de la construcción y usos del espacio, el poder y la participación, habilitando movimientos institucionales.

Los espacios cotidianos constituyen, en cuanto formas en donde se desarrolla la vida humana, ámbitos en los que se reproducen y se objetivan las diferencias y distinciones espaciales, económicas y sociales.



El escenario donde los isleños registran singulares y visibles cambios impacta, entre otras, en las condiciones de urbanización, pero denotan también diferencias en las formas de apropiación del espacio público y privado, en condiciones de homogeneización socioeconómica. Por caso, abundan los testimonios que hacen referencia al modo en que se adjudican los terrenos, y quiénes tienen el poder de decidir sobre el destino de aquéllos.

El espacio privado se asociaría a la valoración de lo propio. Esta relación se articula en torno a una red de significados vinculados con las condiciones de vida pasadas, marcadas por la no propiedad, la no posesión de la casa, el espacio mínimo reducido. La apreciación actual por la posesión de vivienda propia y la libre utilización de servicios de agua y luz ejemplifica la valoración otorgada a lo propio.

En cuanto al poder y la participación, estas parecen las instancias donde están jugadas otras posibilidades de cambio, de movimientos instituyentes.

Un examen atento sobre este aspecto es el realizado por Yentel, quien revela que el poder puede asumir formas diferentes o manifestarse de diferentes maneras, a través de las cuales, expresa o encubiertamente, se hace presente dando un rumbo, una orientación definida a las relaciones entre los hombres. (Yentel, 2006: 240)

Tal como señala la autora citada, cualquier proyecto de cambio institucional, o sea, aquél que ponga en cuestión los modos habituales de percibir la realidad y de hacer las cosas, conmoverá los aspectos vinculados con la autoridad y el poder, en el aspecto social e institucional, y al interior de cada sujeto.

En tal sentido, los sujetos, los grupos y las organizaciones se percibirán a sí mismos como especialmente afectados por una experiencia de pérdida de poder; en tanto el cambio cuestiona las formas conocidas sobre las cuales poseían cierto dominio. Complementariamente, es posible que el cambio y sus gestores sean vistos como “expropiadores”, en tanto aparecen como los que “saben” cómo deben hacerse las cosas, y con su acción debilitan las defensas colectivas y hacen pensar que la realidad puede ser diferente. (Yentel, 2006:237)

Entonces, en consonancia con esta línea de análisis, los procesos de cambio institucional parecen inevitablemente expuestos a situaciones de confrontación por el poder, en tanto las instituciones representan las formas en que ha sido organizado y distribuido el poder social, y todo cambio que interpele ese poder, cuestionará las formas, los marcos conocidos, que constituyen parte de la identidad y aseguran cierto orden y previsibilidad a la vida de todos los días. Cualquier cambio institucional profundo que intente modificar el orden instituido, podría generar en los sujetos una profunda experiencia de crisis en un doble sentido: como temor y culpa a raíz de la autoridad internalizada, y como pérdida del propio poder por modificación de los marcos conocidos. (Yentel, 2006: 238). De ahí que cualquier proyecto que plantee una innovación radical será objeto de sospechas.



Recuperando el aporte teórico de Bourdieu, en esa lucha, los que monopolizan el capital específico monopolizan el poder de la autoridad específica y se inclinan por las estrategias de conservación, los que están desprovistos del capital, se inclinan por estrategias de subversión.

Esta lucha entre posiciones se torna muy visible en la vinculación que los pobladores manifiestan con la clase gobernante y nos permite inferir por qué resulta tan difícil desterrar las marcas sociales (comenzando por las “ideas recibidas”, lugares comunes donde todo un grupo se reúne para afirmar su unidad reafirmando sus valores y creencias propias) que, siendo parte de un habitus, opacan las relaciones que dan origen a las mismas. (Bourdieu; 2000: 41,42)

Un testimonio resulta ejemplificador de esto que se dice:

“el lugareño (...) no tiene los elementos como para participar en igualdad de condiciones como para hacer un aporte importante. (...) Estaría ocupando un lugar desventajoso en la lucha por el poder”. Adulto joven, nativo de la IEC.

El lugareño está des-provisto, desvalido, necesitado. Testigo en su propio cuerpo y en su voz de una precarización que duele y precariza a su vez la vida cotidiana.

Esta relación es mostrada en toda su crudeza y posible de ser apreciada en el patrón de comportamiento clientelístico que perdura y signa las relaciones entre gobernantes-gobernados; y en las estrategias que algunos habitantes comienzan a desplegar ante esa situación, que van desde el franco descreimiento de lo instituido, a la acción que hace oír su voz.

Conviene detenernos un momento aquí para integrar la visión teórica de Freud (1909), quien expresa que la conducta de los pueblos primitivos hacia sus gobernantes (jefes, reyes, sacerdotes) está regida por dos principios: el pueblo debe cuidar a los gobernantes, y por otro lado debe cuidarse de ellos. Ambas cosas se logran mediante muchos preceptos-tabú, como por ejemplo evitar el contacto inmediato y directo con ellos (para cuidarse de estos). Todas estas actitudes también se entienden a partir de la existencia de una ambivalencia, ya que al gobernante por un lado se lo venera, pero por el otro, inconcientemente, se siente una intensa hostilidad hacia él. La desconfianza hacia el gobernante ('hay que cuidarlo') expresa esta hostilidad, y el hecho de tener que cuidarlos (no vigilarlos), expresa el sentimiento opuesto de veneración.

En esta escena, ¿será posible que esta comunidad logre recuperar su poder colectivo para tramitar sus demandas (incluidos sus representantes)?

Una progresiva recuperación de la palabra implicaría, al decir de Ulloa (1999), poder transitar de la queja a la protesta. La queja se instala para obturar el cambio; es lo contrario de las propuestas. La primera ligada a la pulsión de muerte, las segundas, a la pulsión de vida.

Los pobladores dan cuenta de un movimiento interesante cuando rescatan las iniciativas del lugar, con participación autónoma en actividades educativas y culturales ligadas a lo local, que los muestran potentes para gestar un derrotero propio.



Según lo apunta Lidia Fernández (1999:138), lograr esta apropiación del poder colectivo sobre su destino comunitario necesita de algunas condiciones:

“debe recuperarse-y si nunca existió debe reconstruirse en la gente- un núcleo fuerte de confianza en la capacidad colectiva para transformar condiciones institucionales sobre las que tienen un poder conjunto real (habitualmente comprometido por luchas internas) (...) y de ese modo, producirse una reformulación del diagnóstico consuetudinario, dejar una marca e ingresar en los registros de la historia institucional y en los modelos con la fuerza de un mandato idiosincrásico. Una especie de versión singular que es prueba de la potencia del colectivo y que se defiende luego como un nuevo pasado heroico que merece ser conservado”.

2.2. Final abierto

Celebración de la voz humana

*“...Cuando es verdadera, cuando nace de la necesidad de decir,
a la voz humana no hay quien la pare.
Si le niegan la boca, ella habla por las manos, o por los ojos,
o por los poros, o por donde sea.
Porque todos, toditos, tenemos algo que decir a los demás,
alguna cosa que merece ser por los demás
celebrada o perdonada...”*

Rodolfo Galeano

La intervención institucional que realizamos, como grupo de Carrera, en la IEC., abrió un espacio de escucha y de circulación de la palabra a los pobladores. Con la viabilidad de estos actos, se instalaron condiciones para habilitar la interrogación acerca de los modelos vigentes y con ello, la posibilidad embrionaria de una intencionalidad instituyente, para que los mismos isleños, como protagonistas de su historia, puedan ser capaces de proponer una nueva interpretación al conjunto de concepciones, supuestos y significados que conforman su marco y unas nuevas formas de actuar consecuentes.

Como sostiene Yentel (2006:224), los procesos que intenten modificar los modos de actuar y de ser instituidos y consolidados habrán de enfrentarse con formas culturales e históricas que se han vuelto el orden natural de las cosas, aunque esto no sea reconocido como tal. Tarea desde luego no fácil, ni instantánea, pero sí posible.

Probablemente esté emergiendo desde las profundidades de la IEC. una subjetividad reflexiva, cuestionadora, deliberativa, que les permita a sus habitantes



emprender un proceso de conocimiento encaminado a que tomen conciencia de sus necesidades y demandas, y generen “formas de actuar consecuentes”.

La palabra queda en poder de los pobladores de la IEC.

III. Bibliografía consultada

Barbier, Renè: *La recherche-action dans l'institution educative*. Gautier-Villars. Bordas, París. 1977.

Berger, Peter, Y Luckmann, Thomas (1989) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires. Amorrortu.

Bidaseca, Karina: *Nómades sin tierra. De hombres y mujeres poblando León Rougés en tiempos de zafra y migraciones*. Tesis de Maestría de Investigación en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Buenos Aires. Bs. As., 2002.

Cabruja, Teresa; Iñiguez, Lupicinio y Vázquez, Félix (2000): Cómo construimos el mundo: relativismo, espacios de relación y narrativa. *Análisis, quadern de comunicació i cultura*, 1(25), 61-94.

Deleuze, Gilles; Guattari, Félix: *Capitalisme et Schizophrénie 1. L'Anti-Œdipe*, París: Minuit. 1972. Pág. 35

Fernández, Lidia: Cap 6: Asesoramiento institucional en situaciones críticas. Abordajes metodológicos. En García, Carlos Marcelo; López Yáñez, Julián: *Asesoramiento curricular organizativo en educación*. Ariel educación. Bs. As., Argentina, 1999.

Freud, Sigmund: *Tótem y tabú, Obras Completas*, Tomo V. (1909-1913). Biblioteca Nueva. España, 1972.

Grinberg, León Y Grinberg, Rebeca (1984): *Psicoanálisis de la Migración y del Exilio*. Buenos Aires, Hormé.

Kaës, Renè: (1996) *La Institución y las Instituciones. Estudios Psicoanalíticos*; Ed. Paidós; Argentina.

Kaës, R; Missenard, André Y Otros: *Crisis, ruptura y superación*. Ediciones Cinco. Bs As. (edic original en francés: 1979).

Maturana R., Humberto Y Varela G., Francisco. (2003). *El árbol del conocimiento: Las bases biológicas del entendimiento humano*. (1era ed.) Buenos Aires. Lumen. Editorial Universitaria.

Méndez Gallo, Pablo y Jáuregui Balenciaga, Inmaculada (2005) *Identidad y Patología. Occidente, una civilización ensimismada*. Revista Observaciones Filosóficas. Nº 1.

Nicastro, Sandra. En Boggino, Norberto (Comp) (2006): *Aprendizaje y nuevas perspectivas didácticas en el aula*. Homo Sapiens.

Pichón Riviére, Enrique: (1999) *El proceso grupal*. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires

Rodríguez Wong, María Teresa: *Potencialidades del enfoque del grupo - sujeto para la intervención comunitaria-* Año 2005-

Tajfel, Henri (1984): *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona, Herder.



Ulloa, Fernando: "Sociedad y Crueldad (notas preliminares)" en La Gaceta, diciembre de 1999.

Vázquez Rosado, Angie: *Conceptualizaciones del "cambio" como concepto y categoría. Trabajo publicado el 22 de mayo de 2007. San Juan, Puerto Rico.*

Yentel, Nora: *Institución y cambio educativo. Una relación interferida.* Magisterio del Río de la Plata, 2006.

Documentos de la Carrera:

DOCUMENTO SÍNTESIS de la caracterización de diferentes áreas de la vida social. "La IEC. en la caracterización de sus actores"- Universidad Nacional del Nordeste. Facultad de Humanidades. Carrera de *Especialización en Análisis e Intervención Institucional* Seminario Taller vertical Programación 2004-2007 de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires. DINAMICAS INSTITUCIONALES CRÍTICAS: condiciones asociadas al sostén o deterioro de la tarea institucional primaria UBACYT 214 F.

Temas De La Vida Social-*Espacio, infraestructuras y servicios de la IEC.* Camardelli, Alicia; Insaurralde, Lilian. Facultad de Humanidades UNNE. Especialización en Análisis e Intervención Institucional. Trabajo final, versión grupal. 2008.

Resumen

Cualquier cambio institucional, pondrá en cuestión imágenes y representaciones acerca de cómo son y cómo se hacen las cosas, que conmociona lo que tal vez se ha ido construyendo a lo largo de toda una vida y que por lo tanto, producirá impactos al nivel de la interioridad los sujetos, desencadenando procesos probablemente desconocidos por ellos mismos y difíciles de controlar.

Palabras claves: cambio- crisis- identidad